bárbara é inaudita ferocidad (1). Trabóse entre las tropas y el pueblo un horrible combate; pero aquellas, sorprendidas, diseminadas, y sin órdenes á que atenerse, fueron vencidas y arrolladas en todas partes, y tuvieron que encerrarse y fortificarse en los cuarteles y en el palacio, y hacer allí una gallarda defensa.

Jamás el pueblo napolitano, aunque sin una sola cabeza que dirigiera sus operaciones, se mostró tan acertado en el ataque, ni tan tenaz en la pelea. Miéntras unas turbas combatian, aunque diezmadas por la arcabucería española, otras se apoderaron de la Aduana, y sacaron de ella gran cantidad de armas de fuego y cuatro mil espadas; y otras conducian artillería y la colocaban, no sin acierto, en los puntos desde donde podian molestar más al palacio y á los castillos; y otras, en fin, abastecieron el torreon del Cármen de vituallas, municiones y cañones gruesos.

El ardiente alborotador del barrio de Mortelle, Andrea Polito, de oficio batihoja, armó un peloton de sus vecinos, y con él sorprendió la cartuja de San Martin, y se apoderó de ella, poniendo en gran peligro el castillo de Santelmo, que está contiguo al monasterio, y colocando oportunísimamente cuatro piezas de artillería en aquellas alturas. En terrible aprieto iban poniendo al Virey y á las armas españolas las rápidas ventajas que aquel tremendo dia daba la ciega fortuna á la sublevacion. Y miéntras los españoles fortificaban á toda priesa el palacio, colocando falconetes en los balcones y azoteas, y atajando la plaza con cortaduras y faginas, sin cesar un momento el fuego, y estrechados sin respiro por las embravecidas turbas, el Duque pensó en abastecer el castillo, apretado y sitiado por todas partes, escasísimo de municiones y de vituallas, y dominado ya por los puestos populares establecidos en San Martin y en Pizzo-falcone. Mandó pues á las galeras, que por quitarse del tiro del torreon del Cármen se habian alejado bastante de la playa, que fueran á remo á la torre de la Anunciata y á Castelamare á recoger cuanto grano y harina hubiera en los molinos. Pero todo fué en vano: el pueblo conoció á lo que iban las galeras, y despachó emisarios que imposibilitaran su intento.

Llegaba la noche, no cesaba la pelea, ni cesaba un punto la fatiga universal. Y abatido y confuso el Virey, acudió al Cardenal arzobispo pidiéndole encarecidamente que saliese á probar la mano con el pueblo, tratando de calmarlo de un modo ó de otro, para salvar la ciudad y el reino todo de los horrores sin cuento que sobre él se precipitaban. No rehusó el Prelado la comision, y sin vacilar un momento recorrió á caballo las calles y plazas, acompañado de José Palumbo (que sin querer nunca ser el primero en el mando, conservaba prudentemente él mismo puesto y la misma reputacion que en tiempo de Masanielo), y sin evitar los sitios en que silbaban las balas y en que era más espantosa la carnicería, exhortaba á todos con ruegos y con lágrimas á la paz y á la tranquilidad. Vanos fueron sus esfuerzos, pues si bien halló, como siempre, en todas partes respeto y aun veneracion, no encontró en ninguna más que sed de sangre y de exterminio, y una especie de rabia infernal, que no dejaba lugar alguno á la razon. Trató varias veces de penetrar en Castelnovo para conferenciar con el Virey, pero le fué imposible conseguirlo; y rendido y horrorizado regresó á su palacio sin haber logrado nada, cuando ya estaba muy avanzada la noche. Esta fué tan espantosa como el dia que la precedió, pues no cesó el tiroteo, retumbando sin cesar los cañonazos y continuando las obras de ataque y de defensa á la horrenda luz de las llamas de los incendios.

CAPITULO V

Al dia siguiente, reunidos los distintos jefes populares, que separadamente y sin un plan determinado habian dirigido las felices y oportunas operaciones del anterior, trataron de buscar una cabeza suprema, que dando unidad al movimiento, utilizase las ventajas conseguidas; y resolvieron ponerse en manos del acreditado militar don Cárlos de la Gatta, el que, como dejamos dicho, defendió la importante plaza de Orbitello. Pero este leal caballero rechazó cuantas propuestas le fueron hechas, y se resistió tenazmente á ponerse á la cabeza de los sublevados; manifestando que no sólo sus dolencias y su avanzada edad se lo impedian, sino tambien su honra y sus juramentos. Desahuciados los revoltosos por hombre de tanta importancia, se desconcertaron, y volvieron los ojos á don Francisco Toraldo de Aragon, príncipe de Massa, maestre de campo general, acreditado últimamente por perito y esforzado guerrero en las revueltas de Cataluña. Grandemente sorprendió á tan ilustre personaje la eleccion del pueblo sublevado, y trató de eludirla con noble entereza. Pero el cariño de su mujer, jóven y hermosa, que cayó en poder de los alborotadores, custodiándola como rehenes de la decision del marido, y las secretas persuasiones de los confidentes del Virey, temerosos de que cayese el supremo mando en otras manos ménos fieles á la corona de España, le obligaron á aceptar, para evitar mayores males, la direccion suprema de una rebelion furibunda. No juzgamos, sin embargo, disculpada su aceptacion; porque creemos que el que no participa de las ideas y proyectos de las turbas que capitanea, tiene escasa fuerza para contenerlas y evitar males; y falta, con un especioso pretexto, á los deberes de la honra y de la conciencia. El príncipe Toraldo quiso tranquilizar la suya, y para conseguirlo, exigió una declaracion solemne de los jefes populares, que se extendió ante notario público y en toda forma, de que la sublevacion no era de modo alguno contra los derechos de la soberanía real (2).

Púsose pues á la cabeza del amotinado pueblo, y nombró su teniente de maestre de campo general á Onofre Désio, entendido militar, fiel á la corona de España, y sujeto de altas conexiones en el consejo Colateral y muy bien quisto del Virey: y acreditó en aquella ocasion su extrema sagacidad, navegando sin tropiezo en aquel mar tan borrascoso y tan erizado de escollos y de bajíos.

Reconocido por todos los barrios de la ciudad sin la menor contradiccion como capitan general del fidelísimo pueblo, don Francisco Toraldo montó á caballo con su teniente, y visitó todos los puntos militares, donde fué recibido con vivas aclamaciones. Al llegar al de la cartuja de San Martin, donde mandaba Andrés Polito, se sorprendió al ver que este hombre audaz habia concebido el proyecto de minar el castillo de Santelmo, y que llevaba ya no sólo comenzada, sino muy adelantada la obra, dirigida con inteligencia suma hácia la cisterna de la fortaleza. Y conociendo el peligro en que estaba punto tan importante, elogió el proyecto para inspirar confianza, y aprobó la ejecucion; pero para retardarla, manifestó que no debia apresurarse hasta que estuviesen hechos los preparativos necesarios para entrar con toda seguridad en el fuerte, de los que ofreció ocuparse sin demora. Y dió aviso secreto de la mina al castellano para que estuviera alerta, y al Virey para que mandara refuerzos.

Entretanto el duque de Arcos quiso tentar algun medio de concordia, y envió mensajeros al pueblo con una cédula de indulto, y con nuevas ofertas de observar la capitulacion. Pero todo en vano: pues no consiguió más que recoger nuevas pruebas de desconfianza y de desprecio, degradantes insultos á su autoridad, y atroces maldiciones á su detestada persona.

Con más fruto trabajaba el Cardenal-arzobispo: recorriendo desde muy temprano la ciudad, conoció el verdadero estado de los ánimos, y trató de sacar el partido posible. A pesar del aspecto terrible de la sublevacion en el dia anterior, y de las positivas ventajas que habia obtenido, no era tan unánime como parecia, ni tan compacta como se juzgaba; pues miéntras las turbas de proletarios y la gente verdaderamente acalorada combatian con buen éxito, y combatian sin cesar y encarnizadamente, la parte del pueblo que tenia algo que perder, los mercaderes, los curiales, los propietarios, deseaban que no pasasen las cosas muy adelante, porque aquel estado de agitacion y de guerra perjudicaba á sus intereses: y en ellos buscó el sagaz Prelado el apoyo de sus negociaciones. Logró, no sin trabajo, reunir en el convento de San Agustin una junta compuesta de gente granada, con los electos de los sediles y muchos capitanes del pueblo. Y allí, reconocido como príncipio de la nueva conmocion la ocurrencia del presidente Cenamo, se decidió que se propusieran al Virey nuevos artículos adicionales á las capitulaciones. Y que en ellos se expresase terminantemente: que todos aquellos, y sus hijos, cuyas casas y efectos habian sido quemados por el pueblo, saliesen desterrados para siempre del reino; que los signatarios del certificado en favor de Cenamo salieran de él por diez años, y que el pueblo pudiera castigarlos además á su gusto; que se concediese pleno indulto por los acontecimientos del dia anterior; que no se persiguiera á los que habian asaltado la Aduana y apoderádose de las armas que en ella habia; que se entregara al pueblo el castillo de Santelmo y que se guarneciera el palacio con tropas populares; con otras disposiciones aclaratorias, componiendo en todo cincuenta y ocho artículos. Y para que la negociacion pudiera entablarse con facilidad, dispuso la junta una suspension de armas el tiempo que duraran las conferencias. En señal de esta tregua enarboló bandera blanca el torreon del Cármen, fortaleza de los sublevados, y lo mismo hizo Castelnovo, adonde se dirigió Filomarino con general aplauso. Pero los sublevados que ocupaban á Pizzo-falcone, ó no vieron la señal, ó no quisieron sujetarse á ella, y atacaron el palacio con gran furia por la parte del jardin, ocupando las casas que lo dominaban. Apretado el general Tuttavilla, que tenia el mando de las tropas, pidió socorro al Virey; mas éste, perplejo é indeciso, como siempre, y temeroso de echar á perder la negociacion pendiente rompiendo la tregua, nada resolvió. Cuando un caballero español, que estaba á su lado miéntras se discutia vagamente en consejo pleno, levantándose impaciente, dijo con rostro encendido y acalorado acento: *¿Qué se espera?... ¿Queremos acreditarnos de cobardes y morir como gallinas?...* Palabras que, como dice el historiador Santis, despertando al Duque de su pesado letargo, le compelieron á dar la inesperada órden de que obrara la artillería de los castillos.

Los primeros tiros de Castelnovo bastaron para desalojar al pueblo de las inmediaciones del jardin. Y volviendo luégo la puntería á las calles del puerto, empezaron á causar grave daño en las masas populares allí reunidas. Los jefes de éstas, para obligar á que cesase el fuego, discurrieron levantar de pronto y de cualquier modo un dosel con el retrato del rey Felipe IV. Y como una bala lo echase por tierra, empezaron todos á gritar como energúmenos: que el Duque y los españoles eran traidores y reos de muerte por tan grave desacato, delito de lesa majestad (3).

Empezó Santelmo tambien á jugar su artillería con daño de los sublevados, que se agolparon al puente de los Angeles en Pizzo-falcone, adonde acudió confuso y turbado don Francisco Toraldo. Derribaron las balas algunos edificios, aumentando la confusion. Pero sin amilanarse los amotinados, empezaron por desquite á disparar sus cañones desde la punta de Trevico contra Castelnovo, contra el castillo del Ovo y contra las galeras. Y estas, acosadas además del fuego del torreon del Cármen, zarparon apresuradamente, y fueron á fondear detrás de la isla de Nisida, en la punta de Posilipo.

El cardenal Filomarino, que por estos imprevistos acontecimientos no pudo llegar á Castelnovo, adonde dijimos que desde el convento de San Agustin se dirigia, refugióse en casa de Cornelio Spinola, y desde allí envió al Virey cuatro diputados de los que asistieron á la reunion, con los artículos en ella acordados, y con ardientes ruegos de que no retardase la aprobacion. El Duque, reanimado con este mensaje, vió un rayo de esperanza, y volvió á enarbolar la bandera blanca, dando á todos los puestos órden terminante de dar fin á las hostilidades.

Andrea Polito entre tanto apretó el castillo de Santelmo, y avanzó la mina, obligando al valiente gobernador Galiano á pedir instrucciones y socorros al Virey. Y como este no le contestase, trató aquel leal y valeroso castellano, no sólo de defenderse, sino de caer con toda su fuerza sobre el sitiador. Detuviéronle algunos personajes de alta categoría, que estaban allí refugiados, y más que todo las señales de paz que vió enarboladas en Castelnovo.

Don Francisco Toraldo, por otra parte, de acuerdo con el Virey, tambien trabajaba por restablecer la tregua. Y poco á poco iba consiguiendo poner en razon á las turbas, y hacer cesar el fuego y las hostilidades. Y envió á su teniente Désio á avistarse con Polito, de quien era amigo, para hacerle desistir del empeño de la mina, con reservadas ofertas de dinero, de mercedes, y de una mitra para un hijo fraile que tenia. Con lo que, amansado el patriota incorruptible, se disipó por entónces aquel peligro (4).

Cesó por fin en todos los puntos de la ciudad la pelea, lo que agradó mucho á cuantos la paz de buena fe deseaban. Pero el duque de Arcos no envió en todo el dia la ratificacion de los artículos propuestos; lo que volvió á encender los ánimos, culpándole todos, con voz unánime, de los desastres que apuraban á aquella infeliz ciudad.

No eran más venturosas las provincias del reino. En todas se habia considerablemente desarrollado la anarquía. Y en Chietti y en Lanciano ocurrieron lastimosos desórdenes, y se regaron las calles con sangre. Y la ciudad de Capua, plaza sobre el Volturno, fronteriza al estado romano, y hasta entónces tranquila, se tocó del contagio general, obligando á la guarnicion, muy disminuida, á encerrarse en los cuarteles, y á presenciar en inaccion el desenfreno del populacho y los horrores de la sublevacion. Estas noticias abatieron más y más al duque de Arcos, y aumentaron su funesta perplejidad.

CAPÍTULO VI

Al amanecer del 29 de agosto, como nada hubiese aún resuelto el Virey, continuó el pueblo los aprestos de ataque, sin curarse de la tregua. Donde más preparativos hostiles se agolparon aquella noche fué en San Martin, porque la empresa favorita de los sublevados, y tenian razon, era el ataque de Santelmo. Y concurrieron á ella á la primera luz del dia más de cincuenta mil hombres, armados y preparados para en cuanto volase la mina (que creian más adelantada, porque ignoraban la mudanza de Polito), arrojarse al asalto. El gobernador Galiano, conociendo el peligro en que estaba la fortaleza, aunque aquella noche habia sido socorrida por el Virey, aumentando el número de oficiales con sujetos de acreditado arrojo, hizo señales á Castelnovo. Y como no recibiese respuesta, hizo salir por una poterna disfrazado al alférez don Alfonso de Céspedes para que fuera á abocarse con el Duque. Llegó aquel felizmente á Castelnovo, y encontró á este muy apurado porque los sublevados habian levantado aquella noche una trinchera en la calle del Olmo, y colocado en ella dos gruesas piezas de artillería, que podian destrozar la puerta de Castelnovo y derribar la cortina, aumentando el peligro el haber tomado el mando de aquel puesto Octavio Marchesse, inteligentísimo artillero. Reclamó el Duque contra aquella infraccion del armisticio, y le fué contestado que la obra estaba hecha desde el dia anterior. Pero no satisfecho, y alarmado con las noticias que le trajo Céspedes, avisó secretamente de todo á don Francisco Toraldo y al Arzobispo para que pusiesen remedio. Y quejóse públicamente á los diputados, que habian venido al castillo y pasado allí la noche, de esta falta de buena fe.

El Capitan general del pueblo montó inmediatamente á caballo para acudir al mayor riesgo. Fué á la cartuja de San Martin. Allí consiguió, ayudándole con maña y sagacidad el mismo Andrea Polito, calmar el ardor de la muchedumbre. Con argumentos tomados de la ciencia militar, logró persuadirles, que tanta gente y tanta confusion no servian más que para hacer imposible la empresa. Y dispuso que se retirase de allí aquel inútil y embarazoso gentío, quedando sólo las tropas armadas, que dijo bastaban. Dióles por jefe la persona que le pareció más á propósito para tranquilizar los ánimos, y nombró compañero de Polito, para proseguir la mina, á un ingeniero llamado Avellone, amigo de Désio, y con instrucciones reservadas para detener la operacion. Tambien cambió la guarnicion del monasterio, so pretexto de que debian de volver á sus casas á descansar los pelotones que hacia tres dias estaban allí padeciendo gran escasez de agua. Y cuidó de introducir otros de gente ménos alborotada, con cabos más maleables. Lo mismo hizo con los demás puestos populares, recorriéndolos todos con muestras ardientes de celo por la sublevacion, pero realmente para debilitarla.

Manifestóle su teniente Désio que miéntras concurriesen sólo á las armas la gente perdida y las turbas proletarias era imposible ningun razonable concierto, y que convenia obligar á tomarlas y á concurrir á los puestos á los ciudadanos acomodados, mercaderes, curiales, etc., para tener en ellos, interesados en la pública tranquilidad y en el fin de aquellos trastornos, un apoyo y una prenda de órden. Conoció Toraldo lo sagaz y oportuno de la idea, y publicó un bando llamando á las armas á todos los habitantes de la ciudad, para que entre todos se repartieran las fatigas y las glorias. Disposicion que agradó mucho al populacho, no conociendo que contra él estaba precisamente dictada.

El cardenal Filomarino, por otro lado, conferenciaba con unos, hablaba con otros, y reunia otra vez en San Agustin las personas más influyentes. Y como todos se quejaban de que hacia ya veinticuatro horas que el Virey tenia en el castillo los emisarios, que habian ido á tratar la nueva avenencia, sin que nada resolviera, le escribió y envió varios mensajeros, que no consiguieron por cierto activar la negociacion.

Entre tanto los diputados negociadores quisieron con disimulo conquistar á Julio Genovino, que estaba refugiado en Castelnovo, y trataron de abocarse con él; bien que efectivamente creyesen necesarias aún á la sublevacion la sagacidad y experiencia de aquel viejo, bien que quisieran haberlo á la mano para ejecutar con él su venganza. Pero Genovino, como zorro experimentado, eludió toda entrevista, y contestó á las propuestas que con gran reserva le hicieron, que no se fiaria jamás de la instabilidad de un pueblo ingrato, que habia desconocido sus servicios. Pocos dias despues, el Virey lo embarcó para Cerdeña; de allí quiso ir á Madrid; y de arribada en Mahon, murió abrumado de años y de traiciones (1).

Aquella mañana, aprovechándose de la tregua, que, aunque tan mal observada, existia, salieron de Castelnovo el prior de la Roccella, el gran cruz Juan Bautista Caracciolo y el duque de San Pedro, muy desabridos con el Virey, que los trataba con poco miramiento (2). Pero cuando creian, no habiendo con ellos odio particular, que los dejarian tranquilos en sus casas; el populacho dió sobre ellos, queriéndolos hacer pedazos, y los llevó ante don Francisco Toraldo para que los mandase ahorcar. Horrorizado este, trató de convencer á la turba de que aquellos caballeros eran habitantes pacíficos y no criminales, y que aun cuando lo fueran, la tregua los amparaba. Pero se armó tal griteria y se desmandaron tanto aquellos furiosos, llamándolos espías y traidores, que corrieron gran riesgo. Y sólo los salvaron las lágrimas y ruegos de la hermosa princesa de Massa, logrando que se los entregasen á ella en calidad de presos, ofreciéndose á ser su carcelera (3).

No fué tan dichoso don Juan de Sanfelices, padre del que afortunadamente pudo libertarse de la muerte, que provocó su imprudencia. Estaba este buen anciano en una iglesia extramuros, fué reconocido, y trató de esconderse en un corral inmediato. Las mujeres de la casa creyeron que era un ratero, y la emprendieron con él á pedradas. Díjoles en mal hora su nombre, ofreciendo regalarlas largamente si lo ocultaban y le salvaban la vida. Y ellas, enfurecidas, lo asaltaron con los utensilios caseros, y lo amarraron hasta la llegada de los maridos, á quienes lo entregaron ufanas de su ferocidad. En poder de los hombres fué conducido, apurando insultos y golpes, á presencia de Toraldo, que por más esfuerzos que hizo, no logró sacarlo de manos de la canalla; pues llevándoselo esta, viendo que nada conseguia del Capitan general, á la plaza del Mercado, le cortaron la cabeza, arrastraron el tronco por las calles, abandonándolo por último en un muladar.

Se hallaba la ciudad de Nápoles en una situacion sin nombre. Existia una tregua, y no se peleaba, es verdad, pero no cesaban las otras hostilidades; pues seguian con actividad suma en todas partes las obras de ataque y de defensa. Y miéntras el Virey nada resolvia, y los diputados del pueblo permanecian en Castelnovo, y la reunion del convento de San Agustin no se disolvia, el pueblo se entregaba desenfrenado á particulares venganzas, y á saquear é incendiar los palacios de los nobles y de los altos funcionarios, refugiados en los castillos. Continuaba tambien la mina de Santelmo, pero dirigida segun las buenas intenciones de Toraldo. De lo que ignorante el valiente Galiano, y advirtiendo que le andaban ya en los cimientos de la fortaleza, se dispuso á practicar la contramina, y á preparar tantos medios de defensa, que notándolo la gente del pueblo, empezó á gritar, reclamando la observancia de la tregua. Contestóles vigorosamente el castellano, que él obraba segun obraban sus enemigos. Y avisó de todo, pidiéndole instrucciones, al Virey, que nada le contestó.

Fué víctima de aquel estado de anarquía el desdichado presidente Cenamo. Estaba oculto desde que huyendo del motin se retiró, como dejamos referido, del tribunal, en una casa de Pizzo-falcone, donde no encontrándose ya seguro, trató de salir para buscar en la playa de Santa Lucía una barca que lo condujera á Sorrento, donde estaba su familia. Metióse en una silla de manos, con las cortinillas echadas, y por mayor precaucion se cubrió el rostro con un pañuelo. Pero de poco le valió: al llegar á Santa Lucía fué reconocido, y detenido por un peloton del pueblo que lo quiso matar. Ayudado de algunos amigos y valedores, y del favor de Onofre Caffiero, influyentísimo en aquel barrio, logró hallar asilo en una casa, adonde pronto vino á buscarle una turba de asesinos. Noticioso de ello el Virey, mandó salir algunos soldados de palacio, que nada consiguieron, pues se apoderó al cabo el feroz populacho del desventurado presidente, y dilatándole una terrible agonía entre los más groseros insultos y los más dolorosos golpes, le cortaron la cabeza en el Mercado, arrastrando y mutilando el cuerpo, que abandonado luégo bajo el puente de la Magdalena, sirvió de pasto á los perros y á las aves de rapiña (4).

Despues de tantas consultas y dilaciones, manifestó por fin el duque de Arcos á los diputados del pueblo que no podia convenir con el artículo en que se pedia la entrega del castillo de Santelmo, por las razones expuestas cuando otra vez se hizo la misma peticion; ni acceder al otro en que se pretendia desalojar á los españoles de la guardia del palacio, porque seria esto un desaire para las tropas del Rey. Salieron de Castelnovo los diputados con esta repulsa, que divulgada por el populacho, le hizo prorumpir en furibundos alaridos de guerra, y correr á las armas, dando la tregua por terminada. Pero el activo Cardenal-arzobispo, los hombres que deseaban la paz y los jefes populares que se avenian á la razon, y que estaban verdaderamente subordinados al general Toraldo, calmaron aquella efervescencia, y se reunieron de nuevo en San Agustin. La idea de si el apoderarse del castillo de Santelmo era ó no acto de rebelion, se discutió detenidamente. Y se hizo una consulta de letrados para dilucidarla, opinando estos que sí, como igualmente que el Virey no tenia dominio sobre los castellanos, porque la autoridad de estos procede directamente de la corona, con lo que casi todos los concurrentes se pusieron de acuerdo. Pero como no faltaban en la junta algunos díscolos, interesados en que continuara el desórden, y empujados tal vez por los agentes extranjeros, no se convinieron con la decision; persistiendo furiosos en que se rompiese la negociacion, y se obtuviese por la via de las armas lo que se deseaba. Acaloróse el altercado entre unos y otros, ayudado de la griteria de la turba, que hervía en las calles circunvecinas, cuando uno de los presentes, que era letrado, clamó en alta voz: *Señores, ¿queremos ó no ser vasallos del rey de España? Si lo queremos, mostrémoslo con las obras, y hagamos una honrosa sumision; si no, rompamos el juramento de fidelidad, y aventurémoslo todo en una guerra de rebeldes.* Pasmó á todos la cuestion planteada en términos tan explícitos, y Mateo Jovele, mercader de sedas, levantándose y dominando la asamblea toda con una voz de trueno, contestó: *Sí, señor, queremos ser vasallos del rey de España; pero queremos ser bien gobernados.* Aplaudieron todos la respuesta, y aprovechando el momento Désio, el teniente de Toraldo, dijo: *Pues si somos y queremos ser vasallos del rey de España, sometámonos al Virey, que lo representa; y aseguremos el buen gobierno con la capitulacion, cumpliéndola todos de buena fe.* Convino la junta, siguió la discusion tranquila y sosegada, y se determinó en ella desistir de la exigencia de Santelmo y de la guardia del palacio, y rogar al Virey de nuevo la aceptacion de los otros artículos (5).

Fueron á Castelnovo con noticias de lo ocurrido dos diputados, el hijo de Polito, que debia ser obispo, y el clerigüin Fattorusso, de quien ya hemos hecho mencion en esta historia. Y Désio y Marchesse montaron á caballo y recorrieron la ciudad con pañuelos blancos en los bastones, gritando paz. Pero al llegar al puesto de Pizzo-falcone, donde estaba la gente más alborotadora, fué tal el disgusto por tan grata nueva, que apoderándose aquellos furiosos de Désio, porque tropezó su caballo y no pudo huir, como lo verificó Marchesse, llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo, se dispusieron á ahorcarlo. Ya estaban preparados el confesor y el verdugo, cuando llegaron oportunamente el príncipe de Celamare y el marqués de Oliveto, señores muy queridos en Nápoles, y los plebeyos Onofre Rosmundo, Genovino Ottone y Pedro Cano, y le salvaron la vida, gritando á los que lo iban á matar: que la paz estaba ya ajustada, y que si ellos querian otra cosa, se fuesen á sus casas, porque toda la ciudad estaba de acuerdo para que no hubiera más guerra.

Tambien la noticia de la paz llegó á Santelmo, justamente en el momento en que escamado del bullicio y movimiento general, se preparaba Galiano á poner en juego su artillería. El electo Arpaya fué el que le llevó la nueva, arbolando un ramo de olivo para que le dejasen penetrar en los puestos y los rastrillos.

CAPITULO VII

Mucho contentó al duque de Arcos el que el pueblo desistiera de su empeño de apoderarse de Santelmo. Y para asegurar tan favorable resolucion exigió del príncipe Toraldo que se hiciera acto público, en que se extendiera en debida forma el desistimiento de aquella peticion, con pena determinada para el que la reprodujese. El Capitan general del pueblo, por complacer al Virey, convocó inmediatamente otra reunion en San Agustin, en donde se extendió el instrumento con las formalidades de estilo, firmado por el electo del pueblo, y condenando á la pena de los rebeldes al que volviese á hablar de apoderarse del castillo. Y publicóse en seguida á són de trompeta por toda la ciudad.

Pero entre tanto, un peloton de pueblo habia concluido una trinchera en la calle de San Bartolomé, contra la puerta principal de Castelnovo, y otras obras importantes de ataque contra el palacio, en la calle de Toledo y en la bajada de Pizzofalcone. Lamentóse amargamente de esto con los diputados el duque de Arcos, manifestándoles que faltando así á la tregua, era imposible toda negociacion; y que cuando era él el primero en solicitar la paz, hostilizar con tanto descaro el castillo manifestaba poquísimo deseo de avenencia. Convencidos los diputados, salieron á hablar con los jefes de aquellos puestos para hacerlos entrar en razon. Y como respondieran que hacian aquellos preparativos porque los españoles no cesaban de hacer los suyos, y que aquella misma noche habian hecho reparos y cortaduras en el jardin de palacio y aumentado su guarnicion; dispuso el Virey, para que se desengañaran de que era falso cuanto decian, que entraran dos de ellos á reconocer el puesto. Hiciéronlo así, y viendo que todo estaba como ocho dias ántes, se sosegaron. Toraldo, de acuerdo con el Virey, aprovechó la coyuntura, y logró persuadir á todos, que pues se iba á firmar la paz, y que los españoles, seguros de ella, no aumentaban sus reparos, eran ya inútiles aquellas obras; que las zanjas, espaldones y empalizadas tenian la ciudad intransitable, con grave perjuicio del vecindario, y que lo mejor era destruirlos y allanarlos. Mucho dolia al pueblo el hacerlo así; pero viendo que los españoles empezaron á derribar sus obras de defensa, que sin duda cuidarian de hacerlo con las que eran inútiles ó de pronta reparacion, y persuadidos de que era preciso dejar expeditas las calles para las fiestas con que debia celebrarse la paz,

(1) De Santis.

(2) De Santis. – Capecelatro, MS. – Comte de Modéne. – Raph. de Turris.

(3) De Santis. – Capecelatro, MS.

(4) De Santis. – Capecelatro, MS.

(1) De Santis. – Raph. de Turris.

(2) Capecelatro, MS.

(3) De Santis.

(4) De Santis.

(5) De Santis.

destruyó en un momento la obra de tantos dias, desconociendo, incauto, toda su importancia.

Tambien consiguió el Virey, por medio de Toraldo, del electo Arpaya, que viendo el giro que tomaban ya los negocios trató de ponerse en buen lugar, y de muchos de los capitanes del pueblo, que deseaban la paz de buena fe, el que se desistiera del capitulo en que se pedia que el general y jefes de la armada y de las galeras fuesen napolitanos; pues no sólo renunció la reunion de San Agustin á esta exigencia, sino que estableció pena de la vida para el que de nuevo la provocase, y para todo aquel que opusiera obstáculos á la completa paz, que con tanto anhelo se deseaba. Y el mismo Arpaya mandó, pocas horas despues, arcabucear en la Vicaría á un hombre del pueblo que habia peroradoacaloradamente en un corrillo en favor de la guerra.

Pero aun conseguidas tantas ventajas, el perplejo Duque dilató algunos dias la conclusion de la avenencia, esperando tal vez los socorros que por todos los conductos imaginables habia pedido á Madrid, y que ya ciertamente tardaban. La dilacion en terminar un negocio con tanta facilidad allanado en ventaja del gobierno, no dejó de producir graves inconvenientes, pues conservó la ciudad en un estado anómalo, en que si bien no se tiró un tiro de una ni de otra parte, ni se hizo obra ninguna de ataque y defensa, la mutua desconfianza tenia siempre las armas en la mano; y el pueblo, poco disciplinado, hallándose mal, ocioso y armado, se dió á saquear é incendiar los palacios y efectos de los nobles y de los pudientes, que estaban ó en las provincias ó refugiados aún en Castelnovo. El general don Francisco Toraldo trataba en vano de impedir estos desórdenes, y de atajar las venganzas particulares; pero su autoridad era tan escasa, como lo es siempre la que tiene por orígen la eleccion de un pueblo amotinado. Por fortuna no se pensó más en el prior de la Roccella, ni en los otros caballeros custodiados en su casa, y de que era carcelera su hermosísima y gallarda mujer; pues se retiraron adonde quisieron en plena libertad, y aun entre los aplausos de los mismos que pocos dias ántes querian beber su sangre. Así pasan los odios populares, tan terribles en el primer momento.

Las provincias del reino, siguiendo los movimientos de la capital, habian sido teatro de grandes desórdenes, y nuevas revueltas y nuevos asesinatos tenian la tierra toda en combustion. Y las noticias de tan tristes acontecimientos aumentaban la inquietud de la ciudad, que iba escaseando de víveres, y cada dia se veia más aislado el gobierno legítimo, y con más obstáculos que superar para su completo restablecimiento.

El dia 5 de setiembre se adhirió por fin el Virey á la nueva capitulacion; y puestos todos de acuerdo, con gran satisfaccion de la mayoría de los habitantes de Nápoles, que deseaban el término de tantas angustias, se dispuso su solemne publicacion y juramento en la catedral.

Empezaron los preparativos necesarios para dar el correspondiente aparato á aquella solemnidad; pero recibió el Virey varios avisos de que los díscolos y bulliciosos, bien que en pequeño número, audaces sobremanera, acalorados por emisarios extranjeros, conspiraban secretamente para llevar á cabo el plan frustrado el dia de la Virgen de Agosto. Y muchos clérigos y religiosos le dijeron con gran reserva, que sabian por el confesonario, que se tramaba contra su vida: noticias todas que lo dejaron confuso y sin saber qué partido tomar. Consultólo con varias personas, que creyendo de muy mal efecto el que manifestara desconfianza, y que tambien podian ser exagerados los avisos, fueron de parecer de que debia ir el Duque á la catedral, tomando de antemano todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. Pero el bizarro Vargas Machuca, gobernador de Castelnovo, dijo con calor que su opinion era que de ningun modo debia la suprema autoridad ponerse en manos de los facinerosos: que nada importaba que la generalidad del pueblo estuviese de buena fe, si una docena de revoltosos podian á su gusto inflamarla y empujarla á los más horrendos atentados: y que una vez apoderados del Virey, cuya persona representaba la del soberano, era de temer un desacato á la majestad real, y que el motin tomase descaradamente el carácter de rebelion. Las palabras de este pundonoroso, entendido y experimentado militar hicieron el debido efecto, y desistió el Duque, en lo que no hizo un gran sacrificio, de salir de su guarida para asistir á la ceremonia (1).

Resuelto así, envió el Virey á llamar á los jefes populares de su devocion, y les habló del modo más conveniente para que estuvieran alerta y á punto las masas populares de que disponian. Y luégo llamó á los otros, ménos deseosos de paz y del restablecimiento de la tranquilidad, y con palabras magníficas, halagándolos primero, acabó por manifestarles, que habiéndose introducido entre el pueblo muchos facinerosos y algunos emisarios de los enemigos del Rey, capaces, para imposibilitar todo ajuste, de arrojarse á cualquier crímen que mancharia la reputacion del pueblo napolitano, y desvirtuaria la justa causa de sus esfuerzos, habia resuelto, para evitar todo compromiso, jurar la capitulacion en la capilla del castillo: siendo para la validez del acto enteramente indiferente que la ceremonia se verificase en uno ú otro santuario. Si estas palabras del Virey desconcertaron á alguno de los concurrentes, cuidó de disimularlo. La mayoría las creyó sinceras, y muchos muy fundadas; y como fueron repetidas á las turbas no hicieron el mal efecto que era de presumir.

El dia 6 por la tarde, sin haber de antemano manifestado tal intento, salió el Virey imprevistamente á caballo, rodeado de oficiales de guerra, y paseó algunas calles de la ciudad, con precaucion sí, pero sin temor, seguro de que ignorándose que iba á dar aquel paseo, no podia estar urdida trama alguna contra su persona. Esta aparente muestra de confianza acabó de asegurar los ánimos de los que deseaban la paz y no tomaban parte en las secretas conspiraciones. Por lo que no dejó de oir algunos *vivas* y aplausos el Duque, ántes de regresar al castillo, como lo verificó al anochecer.

Al dia siguiente por la mañana concurrieron á Castelnovo, á caballo y en solemne procesion, el electo Arpaya, el capitan general don Francisco Toraldo, muy mortificado de la gota, los maestres de campo, los jefes populares Désio, Polito y Marchesse, y detrás de todos en una carroza de gala con lucido séquito, el cardenal Filomarino, seguidos de numeroso pueblo. Dejaron todos los caballos para pasar el puente levadizo, y las armas para atravesar los rastrillos, cosa que mortificó muchísimo á los populares; y más aún al ver toda la guarnicion formada, grandes retenes en las plazas de armas, y preparadas y á punto las baterías.

En la capilla de Santa Bárbara, ocupando cada cual su puesto correspondiente, y dejando entrar alguna gente del pueblo, se leyeron los 58 artículos de la nueva capitulacion adicional, y se juró en debida forma por unos y otros su cumplimiento. Terminado este importante acto se cantó un solemne *Te-Deum*. Y en seguida tomó la palabra el Virey, y arengó con destreza y sagacidad á los concurrentes, elogiando al pueblo, pero condoliéndose de los excesos inevitables, que habian tenido entrada en aquellos dias de confusion. Insistió en que el alzamiento habia sido razonable, y promovido con motivos muy justos; pero afeó el que la primera capitulacion hubiese sido infringida: trató de inculcar la idea de que emisarios extranjeros de los enemigos del Rey eran los que agriaban los ánimos, y abusaban del candor de los napolitanos: y concluyó manifestando el estado de penuria en que se hallaba el tesoro, y la necesidad de que la ciudad hiciera un nuevo generoso esfuerzo, y un extraordinario servicio, no ya al rey, sino á sí misma. Pues no se trataba de enviar socorros á España, sino de procurarlos á los mismos habitantes de Nápoles, donde las circunstancias habian aumentado tanto la miseria, que faltaba subsistencia para todos, y no se podia atender á la manutencion de las tropas y á las necesidades urgentísimas de la marina. A esta arenga, que fué muy bien escuchada y recibida, contestó el teniente Désio, poniéndose en pié, y proponiendo con desenfado: que en virtud de que estaban completamente abolidas las gabelas para no aparecer más, y siendo indispensable atender á los gastos del servicio público, se diese á S. M. una voluntaria contribucion de quince carlinos (22 reales vellon) por cada hogar. La aprobacion fué unánime. Los vivas asordaron el aire, y se creyó terminada de veras la sublevacion (2).

CAPITULO VIII

Publicado solemnemente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos dias en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legítima no se restableció cual se esperaba, y para lo que no le faltaban apoyos; y el pueblo armado, y obediente siempre á los jefes de la sublevacion, estaba pronto á volver á la pugna, y á renovar los desórdenes, con pretexto ó sin él, segun se les antojase á los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que este es el primer bien, la necesidad primera de la sociedad; pero la minoría que nada tenia que perder, y sí mucho que ganar en el desórden, queria nuevo movimiento. Y como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven, y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez á conmoverse los ánimos, y á presentarse síntomas de alarma y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y carteles, acusando á los españoles y á los nobles de planes de reaccion y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldia, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noticias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de setiembre un bando, con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratificacion á los que los delatasen. Confirmó el Virey esta disposicion, y mandó además, sabiendo que la ciudad hervia en emisarios extranjeros, que en el término de tres dias saliesen de ella los franceses, piamonteses, saboyanos y sicilianos, que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los tejedores de seda, con lo que disgustó grandemente á los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los víveres, y trató, esperando ya de un momento á otro la armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos, y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos varias cartas en cifra de algunos jefes populares al marqués de Fontenay, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para con poca fuerza apoderarse del reino, renovó la vigilancia y el cuidado, temiendo á cada instante verse atacado por los franceses.

El dia 12 recibió aviso el Virey por una falúa que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la armada española, al mando del hijo natural del Rey. Y esta circunstancia desagradó mucho al Duque, y le aguó el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su consejo íntimo de mantener secreta la noticia, pero el dia 18 empezó á traspirar y á producir diferentes efectos por la poblacion. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debian restablecer un órden duradero en el país; pero los alborotadores de profesion y los jefes populares, que no querian volver á las tareas de su condicion privada, y que se saboreaban con el mando, compelieron al general Toraldo á avistarse con el Duque y á proponerle, que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta, para evitar mayores daños. Excusóse el Virey con decir que viniendo directamente de España y á las órdenes de un príncipe real, no podia darles órden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho al populacho conmovido; pues empezó descaradamente á aprestarse á la resistencia, proveyendo largamente de armas, víveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreon del Cármen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con más ánimo, fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castelnovo y el arsenal, y que en los pasados dias habia ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicacion de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de setiembre, y alarmado el populacho manifestó desde luégo su disgusto. Iban creciendo los grupos de descontentos, y empezando á manifestarse clara la alteracion; cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masanielo, y jefe de una de las bandas de muchachos que, como dejamos dicho, dieron principio á la sublevacion, y uno de los que mayores atrocidades habian cometido durante ella, vino á dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desarrapadas turbas, y quisieron matar á uno de los jefes populares llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz, y que habia tenido en su casa á aquel revoltoso y atrevido mancebo. Fueron pues á asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al Virey y á todos los españoles (3).

El rumor del motin y la noticia de su objeto llegaron á un mismo tiempo al duque de Arcos, que recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasion hubiera podido un cañonazo ahuyentar para siempre. Acudió tambien á Désio, que en union con Arpaya calmó el alboroto. Pero ¡cómo?... Mandando con beneplácito del Virey suspender inmediatamente las obras de fortificacion comenzadas, y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente excusa de la autoridad suprema, asegurando á la pillería que la prision de Pione se habia hecho sin su conocimiento, y haciendo castigar á los que la habian verificado. Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motin contento y servido, y se deshizo la alterada reunion de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenia el Virey á pocas millas una armada mandada por un príncipe español, y tenia tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenia de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusion!

Al siguiente dia volvió á alterarse, con disgusto de todos, la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicando como solian en la plaza del Mercado, conmovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se deshizo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el mancebo Pione, y un cuñado de Masanielo fueron aquella noche arrestados, y con-

(1) De Santis.

(2) De Santis. – Raph. de Turris.

(3) De Santis.

ducidos con sigilo á Castelnovo, de donde no volvieron á salir (1).

En todos estos alborotos tomaba parte más ó ménos, segun se lo aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio, y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masanielo ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevacion, era el maestro arcabucero Genaro Annese. Pero aunque contaba con muchos partidarios, no habia podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y á su teniente Désio; conservando empero con casi absoluto dominio el mando del Torreon del Cármen, ciudadela del populacho, y el gobierno del barrio del Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre aunque cobarde audacísimo, era el que con más calor se oponia á todo avenimiento, sembrando las noticias más alarmadoras, y las especies más á propósito para desacreditar á Toraldo, á Désio y á los jefes populares, que propendian á la paz y al órden. Y espiando continuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el dia 30 de setiembre.

Habíase ya negado á dejar trasladar la exorbitante cantidad de pólvora, que con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos estaba depositada en el torreon del Cármen, á los almacenes y castillos. Y como aquella mañana, por disposicion del capitan general del pueblo y del electo Arpaya, se condujese una gran cantidad de ella á Santelmo, Annese levantó el barrio del Lavinaro, y con la gente más perdida de él atacó la recua que conducia la pólvora, y dispersando la escolta, se la trajo á su torreon. La noticia de este atentado, que conmovió algun tanto la ciudad, llegó al convento de San Agustin, donde Toraldo, su teniente Désio, el electo Arpaya y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Désio con el rostro encendido y ademan violento dijo á Toraldo: *¿A qué juego jugamos?... ¿De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz, si otros la rompen y atropellan con tanto descaro? Tales atentados merecen pronto escarmiento.* – Don Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posicion, se encogió de hombros y respondió: *el señor electo, que tiene más autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzgue más oportunas.* Con lo que Arpaya enardecido y sin reflexionar lo que decia, ni delante de quien hablaba, se levantó exclamando: *Hagamos matar á ese tunante. Yo por mí daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.* Y salió apresurado y resuelto, como para evitar las consecuencias que podia tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado á San Agustin Genaro Annese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congeria, animado por las palabras del electo y por el espíritu que reinaba en la junta, se arrojó á él con un puñal enarbolado. Interpusiéronse algunos frailes, que evitaron el golpe, y fué tal el susto de Annese, que huyendo despavorido se ocultó en el coro detrás del órgano, y á poco rato saliendo por un postigo secreto se fué al barrio del Lavinaro, á pedir cumplida venganza. Corrió pronto la noticia de este suceso, y conociendo el electo que podia encontrar graves peligros en la plaza del Mercado, adonde se encaminaba, mudó de rumbo y se fué al barrio de Santa Lucía, que estaba á su devocion. Panarella, despechado de no haber asegurado el golpe, fué en su busca y le ofreció poner inmediatamente sobre las armas todo el distrito de la Congeria, y atacar al del Lavinaro, como hospedaje y asilo de la pillería que alteraba continuamente el reposo de la ciudad, y que imposibilitaba toda medida de órden. Désio que estaba presente lo aprobó, y marchó á levantar tambien con el mismo objeto los barrios altos.

Tocóse arma, resonaron las campanas á rebato, conmovióse la capital toda, y se puso en defensa el Lavinaro con Annese á la cabeza, ayudado de los barrios del Cármen y de la Marina, que hicieron causa comun; miéntras que el de la Congeria con su jefe Panarella, y seguido del de las Vírgenes, San Juan, y Puerta Capuana, se preparaban al ataque con resolucion. Prontos pues estaban á combatir y á destruirse entre sí los sublevados, dividida en bandos la ciudad, y decidido el que capitaneaban Panarella y Désio, que era el más granado y numeroso, á pasar á cuchillo á la pillería, y á destruir con fuego los barrios en que habitaba; reinando tan ciego furor y tan enardecido encono entre ambas facciones, como si no fueran las mismas que pocos dias ántes formaban un solo cuerpo, peleando por la misma causa, y perpetrando crímenes tan horrendos.

Sabedor el duque de Arcos de lo que ocurria en la ciudad, creyó gozoso llegado el momento de su seguro triunfo. Y para caer oportunamente sobre el pueblo así dividido, asegurando una completa venganza, mandó poner á punto la artillería de los castillos, y preparar las guarniciones para hacer una repentina salida en la ocasion conveniente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fratricida, permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia, y para declararse á tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad á inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya á embestirse para empezar una lucha de exterminio; cuando el príncipe de Massa, don Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazon benéfico y generoso, y sin más objeto que el de impedir los desastres del momento, corrió á probar fortuna y á meterse entre los opuestos y encarnizados bandos, para exhortarlos á la paz. Llegó á caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad, y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronco ser escuchado, y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamando ante sí á Annese y á Panarella, les obligó á hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y á que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas á las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertó al Virey este imprevisto desenlace de aquel drama, que tan sangriento y espantoso habia aparecido. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron que Toraldo habia cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de la corona á quien decia servir, ora por los del pueblo sublevado á cuya cabeza se hallaba; pues vencida la gentuza alborotadora del Lavinaro, como lo iba á ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron; y la ciudad de Nápoles, libre de la levadura de discordias, y sin continuar en aquel estado horrendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar desahogada de impuestos arbitrarios, y regida de la manera más conveniente á sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo obrando por el instinto de hombre de bien, empeoró muchísimo su difícil posicion; pues se atrajo el odio de los españoles y de los napolitanos, que deseaban acabar con los motines, sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

CAPITULO IX.

El dia siguiente 1.° de octubre de 1647 avisó al amanecer el castillo de Santelmo, que una gruesa armada se descubria en el horizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y aun el mismo Virey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigía, aseguró á todos que era española, la que ya entraba en el golfo de Nápoles con viento favorable y con mar bonancible. Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos, y despertando temores y esperanzas. Cubriéronse de curioso gentío playas, marinas, muelles y azoteas, para ver llegar aquellos bajeles, cuyo arribo debia producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos y fuertes, incluso el torreon del Cármen, saludó la insignia real, que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y á media tarde fondearon majestuosamente enfrente de la Marinela, bajo el cañon de Castelnovo, veintidos hermosas galeras, doce gruesas naves y catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, jóven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traia por director y consejero (bien que se habia quedado atrás por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeles que venian de Génova) al valiente caballero y experimentado marino don Cárlos Doria, duque de Tursi, nieto del célebre Andrea y padre de Giannetino que mandaba las galeras napolitanas. Venian además con S. A. el duque de Gandía y el baron de Batteville como consejeros, y un Gaspar Leguía como secretario (2).

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, *sublevado* hasta entonces, pero no *rebelde*. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros ménos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas más adelante. Pues aunque temian que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles, pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenian muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos, aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba sólo medios de ejercer sin límites la suya de Virey, disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del jóven príncipe para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traia para restablecer su dominio, y desquitarse con usura de las humillaciones á que lo habian conducido su imprevision primero y luégo su debilidad. Envió á felicitarlo del deseado arribo á su yerno el marqués de Lombay; y poco despues al visitador general del reino, bien adestrado en las ideas que sagazmente debia sembrar en el recien llegado, acerca del estado del país y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran mella en el ánimo de don Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que ya tenia la sublevacion, de la que habia adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traia á bordo, y que no pasaban de tres mil quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos en esta numeracion al contemporáneo de Santis y al maestre de campo Capecelatro; aunque autores posteriores, que han querido acaso aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde, acrecentando el número de las tropas que lo combatian, afirman que pasaba de seis mil hombres los que trajo la armada. Número siempre escaso para competir con más de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados á las armas, mandados con inteligencia, y sostenidos por circunstancias de mucha gravedad y por el estado del reino todo.

Al anochecer fué el Virey en persona á visitar al príncipe, y cuidó de llevar adelante su plan y de dar más extension á las pláticas ya entabladas por su confidente el visitador. Halló á don Juan frio y discursivo y muy dudoso en el partido que debia adoptar. Pero le contó los hechos á su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino y más de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darian inmediatamente apoyo, que el jóven príncipe y sus sesudos consejeros quedaron casi convencidos de las razones del Duque; decidiendo, sin embargo, que se obrara con mucho pulso, y que ántes de apelar á la fuerza se apurasen los medios de prudencia y de conciliacion (3).

Al dia siguiente reunió el Virey en Castelnovo á don Francisco Toraldo, capitan general del pueblo, á su teniente Désio, á los electos y diputados de los sediles, al electo del pueblo y á los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los más influyentes, y les manifestó que la escuadra española destinada á cruzar en el Mediterráneo para proteger y defender las costas y perseguir á los piratas berberiscos, habia llegado por casualidad al puerto de Nápoles, sin más objeto que el de refrescar víveres y reparar las averías causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo alguno para hostilizar á los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el Rey; pero que viniendo de almirante de aquella escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del soberano, y que miraba como hermanos á todos los súbditos de su padre, razon era obsequiarlo y servirlo como merecia, abastecer largamente sus bajeles y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debia pues convidársele á honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitare para reponerse; y que para que su venida á tierra fuera un nuevo vínculo de paz y de concordia, debia el pueblo deponer las armas, y si aun tenia mercedes que pedir ó reclamaciones que demandar, hacerlo con toda confianza á tan excelso y benigno huésped, sin darse el aire de exigirlas, porque no seria decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni para la reputacion de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Nápoles. – El discurso del Virey, bien que muy estudiado, y sin la menor expresion que pudiese inspirar desconfianza ó herir la susceptibilidad de los sublevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por más que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes poniéndose en pié, entre el murmullo general de descontento, manifestó con el rostro encendido y la voz alterada: que el pueblo no creia tan casual é inocente la llegada de la escuadra, ni tan bien dispuesto á su comandante. Que veia su perdicion en el momento de dejar las armas, como se le pedia; y que asunto tan grave y trascendental no podia tratarse tan á la ligera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunion, quedando todos sospechosos y desabridos.

En seguida se convocó otra mucho más numerosa en el convento de San Agustin, á que concurrieron todos los jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo á discusion si debia ó no dejar las armas el pueblo, para recibir en la ciudad al señor don Juan de Austria. Acaloradísimo fué el debate; hablóse largamente en pro y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del Virey y de Toraldo. Las que miraban más adelante, y debian á la sublevacion su importancia y engrandecimiento, se opusieron con sentidísimas razones, manifestando que seria el soltar las armas entregarse á discrecion de enemigos poderosos y enconados; y abastecer la

(1) De Santis. – Capecelatro, MS. – Raph. de Turris.

(2) De Santis. – Capecelatro, MS.

(3) De Santis.